

II

DIALOGO ACERCA DE LOS CUENTOS DE HADAS

LAURA, OCTAVIO y RAIMUNDO

Laura.

La franja de púrpura que cerraba el poniente ha palidecido, y el horizonte se cubre con un resplandor anaranjado, mientras el cielo toma un color verde pálido. Aparece la primera estrella, es blanca y temblorosa... Pero descubro otra, otra y otra; dentro de un instante no podrán contarse. Los árboles del parque se oscurecen y se agigantan. El camino que se desliza á lo lejos entre setos espinosos, el camino que conozco piedra á piedra, me parece en este momento profundo, aventurado y misterioso; á mi pesar imagino que conduce á lugares semejantes á los que se ven en sueños. ¡La noche es hermosa! ¡qué bien se respira! Te escucho, primo mío: hablemos de los cuentos de hadas, puesto que tienes tantas cosas curiosas que decirnos. Pero por favor, no me las

alteres. Ya sabes que me encantan. En esto me disgusta mi niña preguntándome si los ogros y las hadas «son verdad».

Raimundo.

Es una niña del siglo. La duda crece en ella antes que la muela del juicio. Yo no pertenezco á la escuela de esa filosofía elemental y creo en las hadas. Las hadas existen, prima, puesto que los hombres las han creado. Todo lo que se imagina es real; no hay otra cosa real en el mundo. Si un fraile viejo viniera á decirme: «He visto al diablo con rabo y cuernos», le respondería: «Padre: admitiendo que el diablo no existiese, usted lo habría creado con su visión; ahora seguramente existe, témale usted». Prima, cree en los ogros, en las hadas y en lo demás.

Laura.

Habla de las hadas y deja lo demás. Acabas de decirnos que los sabios se ocupan de los cuentos azules. Te lo repito, temo que me los desluzcan. ¡Sacar á *Caperucita encarnada* del aposento de los niños para llevarla á la Academia! ¡Puede imaginarse tal cosa!

Octavio.

Creí á los sabios más indiferentes; pero veo que

sois príncipes bondadosos y que no despreciáis los relatos perfectamente absurdos y de extrema puerilidad.

Laura.

Los cuentos de hadas son absurdos, nimios, es cierto; pero lo confieso con pena; tan bonitos me parecen.

Raimundo.

Convengamos, primita, convengamos en ello francamente. *La Iliada* es también infantil, y es el poema más hermoso que puede leerse. La poesía más pura es la de los pueblos nacientes. Los pueblos son como el ruiseñor de la canción, cantan bien mientras tienen el corazón alegre. Envejeciendo, se vuelven graves, sabios, cavilosos, y los mejores poetas no son más que magníficos retóricos. Ciertamente, *La hermosa durmiendo en el bosque* es pueril, y por esto puede compararse á un canto de la Odisea. Aquella adorable sencillez, aquella divina ignorancia de los primitivos tiempos, que sólo se encuentra en algunas obras literarias de las épocas clásicas, se conserva en flor con todo su perfume en las canciones populares y en los cuentos. Digamos inmediatamente, como dice Octavio, que esos cuentos son absurdos. Si no fueran absurdos no serían encan-

tadores. Bien decís que las cosas absurdas son las únicas agradables, las únicas bellas, las únicas que comunican cierta gracia á la vida y que nos impiden morir de tedio. Un poema, una estatua, un cuadro razonable harían bostezar á todos los hombres razonables. Mira, prima, esos volantes de tu falda, esos plegados, esos bullones, esos lazos: ese conjunto de telas es absurdo y es delicioso.

Recibe mi enhorabuena.

Laura.

No hables de trapos; no entiendes una palabra. Te concedo que no es necesario ser muy razonable en el arte. Pero en la vida...

Raimundo.

Lo único hermoso en la vida son las pasiones, y las pasiones son absurdas. La más hermosa de todas es la más disparatada de todas: el amor. ¡Julieta y Romeo tienen ni una pizca de juicio! Y sin embargo, son adorables. Hay una pasión menos absurda que las otras, la avaricia. Y es horriblemente fea. «Solo los locos me divierten», decía Dickens. Desgraciado el que no se parezca alguna vez á Don Quijote y no tome nunca á los molinos de viento por gigantes. El magnánimo Don Quijote era su propio encantador. Igualaba la naturaleza á su alma.

¡Eso no es ser burlados! Los burlados son los que no ven ante ellos nada bello ni grande.

Octavio.

Me parece, Raimundo, que ese absurdo que admiras tanto tiene su origen en la imaginación, y lo que acabas de decirnos en forma brillante y paradójica puede traducirse únicamente así: la imaginación hace de un hombre conmovido un artista, y de un hombre valiente un héroe.

Raimundo.

Expresas con bastante exactitud una de las fases de mi pensamiento; pero quisiera saber lo que entiendes por la palabra *imaginación* y si en tu espíritu es la facultad de representarse cosas que son, ó cosas que no existen.

Octavio.

Soy un hombre que sólo sabe plantar coles, y hablo de la imaginación como un ciego hablaría de los colores. Pero creo que no es digna de su nombre más que cuando da el ser á formas ó almas nuevas: en una palabra, cuando crea.

Raimundo.

La imaginación tal como la defines, no es una facultad humana. El hombre es en absoluto inca-

paz de imaginar aquello que no ha visto, ni oído, ni sentido, ni probado. No me dejo regir por la moda y me atengo á mi viejo Condillac. Todas las ideas proceden de los sentidos, y la imaginación consiste, no en crear, sino en coordinar ideas.

Laura.

¿Te atreves á hablar así? Cuando quiero puedo ver ángeles.

Raimundo.

Verás niños con alas de cisne. Los griegos veían centauros, sirenas, arpías, porque habían visto anteriormente hombres, caballos, mujeres, peces y pájaros.

Suvedenborg, que tiene imaginación, describe los habitantes de los planetas, los de Marte, Venus, Saturno. Pues bien: no les concede ni una sola cualidad que no exista en la tierra; pero reúne dichas cualidades de la manera más extravagante. Delira constantemente. Ved, al contrario, lo que hace una imaginación inocente: Homero, ó mejor dicho, el rapsoda desconocido, hace surgir de la blanca mar una mujer joven «como una nube». ¡Habla, se lamenta con una serenidad celestial «Hijo—dice—¿por qué te he criado?... Naciste en mi casa por un fatal destino. Pero iré al Olimpo cubierta de nieve... á casa de Zeus, me

abrazaré á sus rodillas y creo que le convenceré.» La que así habla, es Thetis, una diosa. La Naturaleza nos ha dado la mujer, el mar, la nube, y el poeta las ha asociado. Toda poesía, toda hechicería, está en las asociaciones felices.

Ved cómo al través del sombrío ramaje un rayo de luna se desliza sobre la corteza plateada de los árboles. El rayo tiembla; no es un rayo: es el traje blanco de un hada. Los niños que la vieran huirían sobrecogidos, con un espanto delicioso.

Así nacieron las hadas y los dioses. No hay en el mundo sobrenatural un átomo que no exista en el mundo natural.

Laura.

¡Cómo mezclar las diosas de Homero y las hadas de Perrault!

Raimundo.

Tienen unas y otras el mismo origen y la misma naturaleza. Esos reyes, esos príncipes encantados, esas princesas tan hermosas como el día, esos ogros que divierten y asustan á los niños, fueron dioses y hadas en otro tiempo, y llenaron de espanto y de alegría la infancia de la humanidad. *El Pulgarcito*, *Piel de asno* y *Barba Azul* son antiguas y venerables historias, que tienen un origen muy lejano.

Laura.

¿Cuál es?

Raimundo.

¿Lo sé yo acaso? Han querido, y quieren todavía probarnos, que son oriundos de Bactriana; quieren que hayan sido inventados, bajo los terebintos de aquella agreste comarca, por los abuelos nómadas de los helenos, de los latinos, de los celtas y de los germanos. Esta teoría ha sido formulada y mantenida por sabios á quienes se les convence con dificultad, y que, si se equivocan, al menos no se equivocan á la ligera. Hace falta un sólido cerebro para edificar científicamente las quimeras. Un poliglota puede divagar en veinte idiomas. Los sabios de quien os hablo no divagan nunca. Pero ciertos hechos relativos á los cuentos, fábulas y leyendas les proporcionan una dificultad invencible. Cuando han podido probar que *Piel de asno* proviene de Bactriana, y que la novela del *Zorro* es propia de la raza jafética, los viajeros encuentran la novela del *Zorro* entre los zulús y *Piel de asno* entre los papous. Con semejante descubrimiento su teoría sufre cruelmente. Pero las teorías han sido creadas y lanzadas al mundo para contrastarse con los hechos, para ser dislocadas en todos sus miembros, para hincharse, y, finalmente, estallar como un globo. Es probable

que los cuentos de hadas, y principalmente los de Perrault, procedan de las más antiguas tradiciones de la humanidad.

Octavio.

Perdona que te interrumpa, Raimundo. Aunque poco entendido en la ciencia contemporánea, y más ocupado de cultura que de erudición, he leído, en un librito muy bien escrito, que los ogros no eran otros que los húngaros que destruyeron la Europa en la Edad Media, y que la leyenda de *Barba Azul* se había formado sobre una historia verdadera de aquel monstruoso mariscal de Raiz que fué ahorcado en tiempo de Carlos VII.

Raimundo.

Ya lo explicamos de otra manera, querido Octavio, y tu librito—cuyo autor es el barón de Walckenaer—es aprovechable solamente para hacer pajaritas.

Los húngaros cayeron, en efecto, como una plaga de langosta sobre Europa á fines del siglo xi, y no se hubiera encontrado entre ellos un gentilhombre diplomático como su descendiente actual al conde Andrassy. Eran unos temibles bárbaros; pero la forma de sus nombres en las lenguas romanas se opone á la derivación propuesta por el barón Walckenaer. Díez concede á

la palabra ogro un origen más antiguo, haciéndole provenir del latín *orcus*, que, según Alfredo Maury, es de origen etrusco; Orcus, es infierno, el dios, dios devorador que se alimenta de carne y prefiere la de los niños de pecho. En cuanto á Gilles de Raiz, fué realmente ahorcado en Nantes, en 1440. Pero no fué por haber ahogado á siete mujeres; su historia, demasiado verídica, no se parece nada al cuento, y es hacer mucho disfavor á Barba Azul, confundirle con aquel abominable mariscal. Barba Azul no era tan malo como se le supone.

Laura.

¿No era tan malo?

Raimundo.

No lo es en absoluto, puesto que representa el sol.

Laura.

¡El sol que mata á sus mujeres y á quien matan un dragón y un mosquetero! ¡Eso es ridículo! No conozco á tu Gilles de Raiz ni á tus húngaros; pero me parece mucho más razonable creer, como mi marido, en un hecho histórico.

Raimundo.

¡Ay, prima, te parece razonable engañarte! La humanidad entera es como tú. Si el error pare-

ciese absurdo á todo el mundo, nadie se equivocaría. Es el sentido común el que da lugar á todos los falsos testimonios. El sentido común nos demuestra que la tierra está fija, que el sol gira á su alrededor y que los hombres que viven en los antípodas andan con la cabeza hacia abajo. ¡Desconfía del buen sentido, prima! Con su nombre se han disfrazado todas las tonterías y todos los crímenes. Huyámosle y volvamos á Barba Azul, que es el sol. Las siete mujeres que mata, son siete auroras. En efecto: cada día de la semana, el sol, al levantarse, pone fin á una aurora. El astro cantado en los himnos védicos ha adquirido en el cuento galaico, lo confieso, la fisonomía feroz de un tiranuelo feudal; pero ha conservado un atributo que testimonia su antiguo origen, dando á conocer en ese perverso hidalgüelo á un dios solar. La barba á que debe su nombre, esa barba del color del tiempo, le identifica con el Indra védico, el dios del firmamento, el dios radiante, lluvioso, atronador, cuya barba es azul.

Laura.

Primo, dime por favor si los dos caballeros, de los cuales uno era dragón y otro mosquetero, son también dioses de la India.

Raimundo.

¿No has oído hablar de los Acwins y de los Dioscuros?

Laura.

Nunca.

Raimundo.

Los Acwins entre los indios y los Dioscuros entre las Helenas, representaban los dos crepúsculos. Por eso en el mito griego los Dioscuros Cástor y Pólux salvaron á Helena, la luz matutina, á quien Theseo, el sol, tenía cautiva. El dragón y el mosquetero del cuento no hacen ni más ni menos, salvando á la señora de Barba Azul, su hermana.

Octavio.

No niego que esas interpretaciones sean ingeniosas; pero las creo exentas de todo fundamento. Acabas de rebatir la hipótesis de los húngaros, y te demostraré lo nuevo de la tuya diciéndote que mi difunto padre, gran lector de Dupuis, de Volney y de Dulaure, veía en el Zodíaco el origen de todos los cultos. El buen señor explicaba—escandalizando á mi pobre madre—que Jesucristo era el sol, y los doce apóstoles los doce meses del año. ¿Pero sabes de qué manera un

hombre de talento confundió á Dupuis, á Volney, á Dulaure y á mi abuelo? Aplicó su teoría á la historia de Napoleón I, y demostró sin otro recurso que Napoleón no había existido y que su historia era un mito. Aquel héroe, nacido en una isla, que triunfa en las comarcas orientales y meridionales, y pierde su poder un invierno en el Norte, y desaparece en el Océano, decía el autor cuyo nombre he olvidado, es evidentemente el sol. Sus doce mariscales son los doce signos del Zodíaco, y sus cuatro hermanos las cuatro estaciones. Mucho temo, Raimundo, que procedas respecto á Barba Azul, como aquel hombre respecto á Napoleón.

Raimundo.

El autor de quien hablas, tenía talento y ciencia; se llamaba Juan Bautista Pérès. Murió, siendo bibliotecario de Agen, en 1840. Su curioso libro *De cómo Napoleón no ha existido nunca*, se imprimió en 1817.

Es, en efecto, una crítica muy ingeniosa del sistema de Dupuis. Pero la teoría, de la cual os ofrecí una insignificante muestra, se puede ver en la Gramática y en la Mitología comparadas.

Los hermanos Grimm han recogido, como ya sabéis, los cuentos populares de Alemania. Siguiéron su ejemplo en casi todos los países y po-

seemos, hoy día, colecciones de cuentos escandinavos, daneses, flamencos, rusos, ingleses, italianos, zulús, etc. Leyendo dichos cuentos de orígenes tan diversos, se advierte, con gran sorpresa, que proceden todos ó casi todos de un pequeño número de tipos. Tal cuento escandinavo parece estar calcado en tal cuento francés, que, á su vez, reproduce los principales rasgos de un cuento italiano. Y no es admisible que estos parecidos sean el efecto de cambios sucesivos entre los diferentes pueblos. Así que se ha supuesto, como decía hace un momento, que las familias humanas poseían esos relatos antes de su separación, y que los concibieron durante su reposo inmemorial en la cuna común. Pero como no se ha oído hablar ni de un lugar ni de una edad en que los zulús, los papous ó los indios llevarán á pastar sus bueyes juntos, es preciso creer que las combinaciones del entendimiento humano en su infancia son en todas partes las mismas, que los mismos espectáculos han producido las mismas impresiones en todos los cerebros primitivos, y que los hombres, igualmente sujetos al hambre, al amor y al miedo, teniendo todos el cielo sobre su cabeza y la tierra bajo sus pies, para darse cuenta de la Naturaleza y del Destino, han imaginado los mismos dramas.

Los cuentos de viejas también eran, en su ori-

gen, una representación de la vida y de las cosas, propia para satisfacer á los espíritus muy sencillos. Esta representación se formó, probablemente, de una manera poco distinta en el cerebro de los hombres blancos, de los hombres negros y de los hombres amarillos.

Una vez dicho esto, creo que será prudente atenernos á la tradición indo-europea y remontarnos á nuestros antepasados de la Bactriana sin preocuparnos del resto de las familias humanas.

Octavio.

Sigo tu razonamiento con gusto. ¿Pero no crees que un asunto tan oscuro puede entregarse sin peligro al azar de la conversación?

Raimundo.

A decir verdad, creo que los azares de una conversación familiar son menos peligrosos para mi asunto que el desarrollo lógico de un estudio escrito. No abusees contra mí de esta confesión que desmentiría, te lo prevengo, cuando intentaras aprovecharte de ella á expensas mías. En lo sucesivo sólo procederé por afirmaciones. Me daré el gusto de tener la seguridad de lo que digo. Y te advierto que, al contradecirme—lo cual sucederá probablemente—, confundiré en un mismo amor los dos hijos enemigos de mi pensamiento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

para estar seguro de no perjudicar á uno de los dos, que es el bueno. En fin, seré duro, decidido y, á serme posible, fanático.

Laura.

Veremos si esa actitud desdice de tu fisonomía. ¿Pero quién te obliga á adoptarla?

Raimundo.

La experiencia, demostrándome que el escepticismo más extendido acaba donde principian la palabra ó la acción. Cuando se habla, se afirma. Es menester tomar una decisión. Me resigno. De esta manera os ahorraré los «quizá» y los «si me atrevo á decirlo», los «de cierto modo» y otras mantillas del lenguaje, con las cuales sólo Renán puede adornarse graciosamente.

Octavio.

Sé duro, breve. ¡Pero, por favor, pon un poco de orden en tu razonamiento! Y que sepamos cuál es tu tesis, ya que tienes una.

Raimundo.

Todos aquellos que saben conducir su entendimiento en las investigaciones de erudición general, han reconocido en los cuentos de hadas mitos antiguos y antiguos adagios. Max Müller ha dicho (creo poder citar con exactitud sus pala-

bras): «Los cuentos son los dialectos modernos de la Mitología; y si han de convertirse en un objeto de estudio científico, el primer trabajo que debe emprenderse es hacer remontar cada cuento moderno á una leyenda más antigua y cada leyenda á un mito primitivo.

Laura.

¿Y ese trabajo lo has hecho tú, primo?

Raimundo.

Si hubiese yo hecho tan formidable trabajo, no me quedaría un cabello en la cabeza, y no tendría el gusto de verte más que al través de cuatro pares de gafas, bajo el reflejo protector de una visera verde. No se ha hecho ese trabajo; pero materiales suficientes han sido reunidos para permitir á los sabios convencerse de que los cuentos de hadas no son imaginaciones infundadas, y que, por el contrario, «en muchos casos», como dice Max Müller, proceden por todas sus raíces de los gérmenes mismos del antiguo lenguaje y del antiguo pensamiento. Los viejos dioses decrepitos, alejados de los asuntos mundanos, sirven todavía para divertir á los niños y á las niñas. Es el empleo de los abuelos. ¿Hay alguno que convenga mejor á la vejez de esos antiguos señores de la tierra y del cielo? Los cuentos de hadas son hermosos poemas

religiosos, olvidados por los hombres y conservados por sus piadosos antecesores «á través de los tiempos». Estos poemas se han vuelto pueriles y han seguido siendo encantadores en los labios de la vieja hilandera, que se los contaba á los hijos de sus hijos agazapados en torno suyo junto al hogar?

Separáronse las tribus de hombres blancos: unas avanzaron bajo un cielo transparente, á lo largo de blancos promontorios bañados por un mar de aguas azules y arrulladoras; otras se sumergieron en las melancólicas brumas que sobre las playas del Norte unen el cielo con la tierra, dejando solamente adivinar formas inciertas y monstruosas. Otras acamparon en las monótonas estepas donde pastaban sus flacos caballos; otras durmieron sobre la endurecida nieve, teniendo sobre la cabeza un firmamento de hierro y de diamantes. Algunas encamináronse á buscar la flor de oro en una tierra de granito. Y los hijos de la India bebieron en todos los ríos de Europa. Pero en todas partes, en la cabaña, en la tienda, ó delante del fuego de malezas encendido en la llanura, el niño de otro tiempo, convertido á su vez en abuelo, repetía á sus nietos los cuentos que oyó en su infancia. Eran los mismos personajes, las mismas aventuras; solamente que la narradora, sin saberlo, comunicaba á su relato las ento-

naciones del ambiente que tanto tiempo había respirado y de la tierra que la había criado, que pronto iba á recobrarla. La tribu seguía su marcha á través de las fatigas y peligros, dejando tras ella, del lado de Oriente, al antepasado durmiendo entre los muertos jóvenes ó viejos. Pero los cuentos que habían salido de sus labios, ya helados, volaban como las mariposas de Psyquis, posándose de nuevo en la boca de las viejas hilanderas; y resplandecían á los ojos asombrados de los nuevos niños de la antigua raza. ¿Quién enseñó *Piel de Asno* á chicuelos de Francia, «de la dulce Francia», como dice la canción? «*Mi Madre la Oca*», responden los sabios del antiguo lenguaje, «mi madre la oca que hilaba y retorció sin cesar». Y los sabios lo investigan; ellos han reconocido á mi Madre la Oca en aquella reina diosa que los escultores representan sobre la puerta de Santa María de Nesles, en la diócesis de Troyes; sobre la portada de Santa Benigna de Dijón, sobre la puerta de San Pourçain de Auvernia y de San Pedro de Nevers. Han identificado á mi Madre la Oca, con la reina Bertrade, mujer y comadre del rey Roberto; con la reina Berta, de pie grande, madre de Carlomagno; con la reina de Saba, que siendo idólatra tenía el pie hendido; con Fraga, la del pie de cisne, la más hermosa de las diosas escandinavas; con Santa

Lucía, cuyo cuerpo, como su nombre, era luz. Pero es remontarse á muy lejos y divertirse en divagar. ¿Qué es *mi Madre la Oca* sino nuestra antepasada, y la antepasada de nuestras antepasadas, mujeres de corazón sencillo, de brazos nudosos, que cumplieron su misión cotidiana con humilde grandeza, y que consumidas por la edad, no teniendo—como las cigarras—ni carne ni sangre, recordaban todavía en un rincón del hogar, bajo las vigas ahumadas, teniendo en torno á todos los chicuelos de la casa, interminables narraciones que les hacían imaginar mil cosas? La poesía rústica, la poesía de los campos y de las fuentes emanaba fresca y cristalina de los labios de la vieja desdentada.

Sobre los argumentos de los antepasados, sobre las antiguas creaciones indias, mi Madre la Oca, bordaba imágenes familiares, el castillo con sus grandes torres, el campo sustentador, el bosque misterioso con sus hermosas damas las hadas, tan conocidas por los campesinos y que Juana de Arco hubiera podido ver, por la noche, bajo el corpulento castaño al borde de la fuente...

Dime, prima, ¿he desvirtuado con mis reflexiones los cuentos de hadas?

Laura.

Habla, habla, te escucho.

Raimundo.

Yo, si fuera preciso elegir, daría con gusto toda una biblioteca de filósofos con tal de que me dejaran *Piel de Asno*. No hay en toda nuestra literatura más que La Fontaine que haya sentido como mi Madre la Oca la poesía del terruño, el encanto robusto y profundo de las cosas domésticas.

Pero permitidme reunir algunas observaciones importantes que no debemos dejar diseminadas en las revueltas de la conversación. Las primeras lenguas eran sólo de imágenes, animando cuanto nombraban. Dotaban de sentimientos humanos á los astros, á las nubes—vacas celestes—, á la luz, á los vientos, á la aurora. De la imagen, viva y animada, surgió el mito, y del mito nació el cuento. El cuento se transformaba sin cesar; pues el cambio es la primera condición de la existencia. Fué tomado al pie de la letra, y por fortuna no encontró á ningún hombre de talento para reducirlo á alegorías, matándole de golpe. Las gentes sencillas veían en *Piel de Asno*, á *Piel de Asno* solamente, ni más ni ménos. Perrault no buscó otra cosa. Luego vino la ciencia, que abarcando con una mirada el largo recorrido del mito y del cuento, dijo: «La aurora es *Piel de Asno*.»

Pero he de añadir que desde que *Piel de Asno* fué imaginado, adquirió una fisonomía particular y vivió con vida propia.

Laura.

Empiezo á ver claro en lo que has dicho. Pero ya que nombraste *Piel de Asno*, te confesaré que algo en su historia me causa mucha extrañeza. ¿Fué un indio quien infundió al padre de *Piel de Asno* aquella odiosa pasión por su hija?

Raimundo.

Penetremos el sentido del mito y el incesto que te horroriza te parecerá muy inocente. *Piel de Asno* es la aurora; es hija del sol puesto que sale de la luz. Decir que el rey está enamorado de su hija significa que el sol al salir corre tras la aurora. También en la mitología védica, Prajâpati, señor de la creación, protector de toda criatura, idéntico al sol, persigue á su hija Ouschas, la aurora que huye ante él.

Laura.

A pesar de ser el sol, tu rey me horroriza, y no puede serme agradable quien le ha imaginado.

Raimundo.

Eran inocentes, y por consiguiente, inmorales. ... No te indignes, prima; solamente la corrup-

ción justifica la moral, lo mismo que la violencia justifica la ley. El apasionamiento del rey por su hija—respetado con una candidez religiosa por la tradición y por Perrault—, confirma la venerable antigüedad del cuento haciéndole remontar hasta las tribus patriarcales de la Ariadna. El incesto estaba visto sin horror en aquellas inocentes familias de pastores, entre los cuales el padre era llamado «el que protege»; el hermano, «el que ayuda»; la hermana, «la que consuela»; la hija, «la que conduce las vacas»; el marido, «el fuerte»; y la esposa «la fuerte». Aquellos pastores del país del sol no habían inventado el pudor. Entre ellos, la mujer, careciendo de misterio, carecía de peligro. La voluntad del patriarca era la sola ley que permitía ó no á un marido conducir una esposa en el carro donde se uncían dos bueyes blancos. Si por la fuerza de las cosas la unión del padre y de la hija era poco frecuente, sin embargo no era reprobada. El padre de *Piel de Asno* no asombró. El escándalo es propio de las sociedades correctas, y hasta es una de sus diversiones más agradables.

Octavio.

Te dejo hablar. Pero estoy seguro de que son infundados tus razonamientos. La moral es ianata en el hombre.

Raimundo.

La moral, siendo la ciencia de las costumbres, cambia con ellas. Es distinta en todos los países y no es en ninguna parte la misma durante diez años. Tu moral, Octavio, no es la misma de tu padre. En cuanto á las ideas innatas, considéralas un ensueño.

Laura.

Por favor: dejemos á un lado la moral y las ideas innatas, que son cosas aburridas, y volvamos al padre de *Piel de Asno*, que es el sol.

Raimundo.

Recordáis que en su cuadra, entre los más nobles caballos ricamente enjaezados y cubiertos de riquezas y adornos, tenía un burro al cual hizo la Naturaleza tan extraordinario—según el cuento—, que su pesebre, en vez de estar sucio, estaba cubierto todas las mañanas de monedas de oro y de plata. Pues bien; aquel burro oriental, onagro, zapa ó cebra, es el corcel del sol, y las monedas de oro y de plata son los discos luminosos que el astro esparce á través de las hojas. Su piel es un claro emblema que representa la nube. La aurora se vela con él y desaparece. Recordad cuando el príncipe ve á *Piel de Asno* con su traje de color de cielo por el ojo de la cerradura; ese príncipe, hijo del rey, es un rayo de sol...

Laura.

Colándose por un agujero, es decir, entre dos nubes, ¿no es verdad?

Raimundo.

Es imposible definirlo mejor, prima, y veo que eres muy entendida en mitología comparada. Cojamos el cuento más sencillo de todos, la historia de una muchacha que deja caer de su boca dos rosas, dos perlas y dos diamantes. Aquella muchacha es la aurora, que abriendo las flores, las baña con rocío y luz. Su pérfida hermana, que vomita sapos y culebras, es la luna. La Cenicienta ennegrecida por las cenizas del hogar es la aurora oscurecida por las nubes. El príncipe con quien se casa, es el sol.

Octavio.

Según tú, las mujeres de Barba Azul son auras. *Piel de Asno* es aurora; la muchacha que deja caer de su boca rosas y perlas es aurora. La Cenicienta es aurora. Todo se reduce á la aurora.

Raimundo.

Es que la aurora, la magnífica aurora de India, es la más poderosa fuente de la mitología aria. Es célebre bajo nombres y formas múltiples en los himnos védicos. Por la noche se la espera, se la llama con esperanza y zozobra.

«¿Volverá nuestra antigua amiga la aurora ¿Serán vencidas las potencias de la noche por el dios de la luz? Pero ya llega la muchacha, penetrando en todos los hogares, y cada cual siente su alma regocijada. Es ella, es la hija de Dyaus la divina vaquera que conduce todas las mañanas las vacas celestes, cuyas ubres dejan caer sobre la tierra estéril un rocío fresco y fecundo.

Del mismo modo que han cantado su llegada, cantarán su huida y el himno celebrará la victoria del sol.

«¡He aquí otra fuerte y poderosa acción que has llevado á cabo, oh Indra! Hieres á la hija de Dyaus, una mujer á quien es difícil vencer. Sí; á la hija de Dyaus, la gloriosa, la Aurora: tú, Indra, héroe invencible, la despedazas.

»La aurora se precipita fuera de su carro deshecho temiendo que Indra, el toro, la maltrate; y huye muy lejos.»

El indio primitivo tenía de la aurora una idea que variaba, pero siempre era viva, y los reflejos debilitados y alterados de aquella imagen son visibles aún en los cuentos de que acabamos de hablar, como también en la *Caperucita encarnada*... El color del gorro que lleva la nietecita, es un primer indicio del origen celeste. El oficio á que la destinan, haciéndola llevar pan y un tarro de manteca, permite compararla con la aurora de los

Vedas, que es una mensajera. En cuanto al lobo que la devora...

Laura.

Es una nube.

Raimundo.

No, primita, es el sol.

Laura.

¿Un lobo el sol?

Raimundo.

El lobo devorador con el pelo brillante, Vrika el lobo védico. No olvides que los dos dioses solares, el Apolo Lycien de los griegos y el Apolo Sora-mus de los latinos, tienen como emblema un lobo.

Octavio.

¿Cómo puede compararse el sol con un lobo?

Raimundo.

Cuando el sol agota las cisternas, quema los prados y seca la piel sobre los enflaquecidos lomos de los bueyes anhelantes que sacan la lengua, ¿no es un lobo devorador? La piel del lobo reluce, sus pupilas brillan, enseña unos dientes muy blancos y sus mandíbulas son fuertes; procede del sol por el resplandor de su pelaje y de sus ojos y por el poder destructor de sus mandíbulas. Temes poco

al sol, Octavio, en este húmedo país donde florecen los manzanos, pero no puede sentir como tú la *Caperucita encarnada*, que viniendo de lejos atravesó países cálidos.

Laura.

La aurora muere y renace. Pero la *Caperucita encarnada* muere para no volver jamás. Hizo mal en coger avellanas y escuchar al lobo; pero ¿es motivo suficiente para que sea devorada sin misericordia? ¿No sería preferible que saliese del vientre de la bestia como la aurora sale de la noche?

Raimundo.

Prima, tu piedad es ingeniosa. La muerte de la *Caperucita encarnada* no puede ser definitiva. Mi Madre la Oca no recordaba bien el fin del cuento.

Es fácil olvidarse de algo á su edad.

Pero las abuelas de Alemania y de Inglaterra saben que la *Caperucita encarnada* muere y renace como la aurora. Cuentan que un cazador abrió el vientre del lobo sacando á la sonrosada niña, la cual abriendo mucho los ojos dijo:

—¡Oh, qué miedo he tenido y qué oscuro estaba ahí dentro!

Hace un instante hojeaba yo en el cuarto de vuestra hija uno de esos cuadernos de estampas

en colores, que el inglés Walter Crane ilumina con tanta fantasía y tan buen humor. Ese caballero tiene una imaginación á la vez erudita y familiar, comprende el sentido de las leyendas y el amor de la vida; respeta el pasado y saborea el presente. Así es el ingenio de Inglaterra. El cuaderno que hojeaba contiene el texto y los dibujos del *Litte Red Riding Hood*—la *Caperucita encarnada* inglesa—. El lobo se la traga, pero un gentil-hombre, con casaquín verde, pantalón amarillo y botas de campana, da un balazo al lobo entre los dos ojos relucientes, le abre con un cuchillo de monte el vientre y la niña sale tan fresca como una rosa.

Some sportsman (he certainly was a dead shot)
Had aimed at the Wolf when she cried.
So Red Riding Hood got safe home did she not?
And lived happily there till she died.

Esta es la verdad presunta, y tú la habrás adivinado. En cuanto á la *Hermosa dormida en el bosque* cuya aventura es de una poesía inocente y profunda...

Octavio.

—¡Es la aurora!

Raimundo.

—No. *La hermosa dormida en el bosque*, *El gato con botas* y *Pulgarcito*, pertenecen á otra

clase de leyendas arianas, á las que simbolizan la lucha entre el invierno y el verano, la renovación de la Naturaleza, la eterna aventura del Adonis universal, de la rosa del mundo que florece y vuelve á florecer sin cesar. *La hermosa dormida en el bosque* es Asteria luminosa, hermana de Letona, Cora y Proserpina. La imaginación popular estuvo muy inspirada dando á luz la forma de aquello que la luz acaricia amorosamente en la tierra, la forma de una hermosa muchacha. Por mi parte, estimo á *La princesa dormida en el bosque* de una manera semejante á la Euridyce de Virgilio y á la Brunhilde de la Edda, que, picadas la una por una serpiente y la otra por una espina, son conducidas á la sombra eterna: la griega por un poeta, y la escandinava por un guerrero, los dos enamorados. Es la suerte general de los héroes luminosos de los mitos, desvanecerse al contacto de un objeto agudo, espinas, garras ó husos. En una leyenda de Dekan, recogida por miss Frerè, una niña que se pincha con una uña que un Rakchasa ha dejado en una puerta, en seguida cae desmayada. Un rey pasa, la recoge en sus brazos y la reanima. La condición de estos dramas del invierno y el verano, de la sombra y la luz, del día y la noche, es que se reproducen sin cesar. El cuento recogido por Perrault comienza de nuevo cuando parece ya ter-

minado. La hermosa se casa con el príncipe y tiene dos hijos, el pequeño Día y la pequeña Aurora, la Ahithra y la Hemera de Hesiodo, ó si lo prefieres, Fœbus y Artemis. Durante la ausencia del príncipe, su madre, una ogresa, una Rakchasa, es decir, el espanto nocturno, amenaza con devorar á los dos niños reales, las dos luces á quienes salva el regreso del rey sol. *La bella dormida en el bosque* tiene en el Oeste de Francia una hermana rústica cuya historia se cuenta muy inocentemente en una vieja canción: la leyenda divina se degrada por completo, y si los intermediarios faltasen, imposible sería reconocer en la rústica moza de la canción rústica la luz celestial que languidece durante el invierno reanimándose en la primavera. La epopeya de Persia, el Schahnameth, nos da á conocer un héroe cuyo destino es parecido al de *La hermosa dormida en el bosque*, Isfendiar, que no puede ser herido con ninguna espada, debe morir por una espina que se le clava en un ojo. La historia de Balder en la Edda escandinava, presenta con *La hermosa dormida en el bosque*, analogías más extrañas aún.

Como las hadas en la cuna de la hija del rey, todos los dioses ante Balder, la divina criatura, juran hacer inofensivo para él todo cuanto hay sobre la tierra. Pero han olvidado los inmortales el muérdago, que no crece sobre el suelo, como

el rey y la reina olvidan la vieja que hila en el desván de su torre. Un huso pincha á la hermosa y una rama de muérdago mata á Balder.

—De este modo Balder yace en el suelo, y en torno suyo están amontonadas las espadas, antorchas, dardos y lanzas, que para entretenerse los dioses habían lanzado sin efecto contra él, á quien no pinchaba ni hería ningún arma. Pero en su pecho estaba clavada la fatal rama de muérdago que Lok, el acusador, entregó á Hoder y que Hoder lanzó sin mala intención.

Laura.

Todo eso es muy hermoso, ¿pero no tienes nada que decirme de la perrita *Pouffe* que estaba sobre la cama de la princesa? La encuentro muy galante; *Pouffe* fué criada sobre las rodillas de las marquesas y hasta imagino que la señora de Sevigné, la acarició con aquellas manos que tan lindas cartas escribían.

Raimundo.

Para serle agradable, daremos á la perrita *Pouffe* antepasados celestes; haremos remontar su raza á Sarama, la perra que vigilaba á la aurora y al perro *Seirios*, guardián de las estrellas. Es ésta, si no me equivoco, una gran nobleza. Sólo resta á *Pouffe* hacer la prueba de sus cuarteles para ser admitida de canonesa en el capítulo de

un Remiremont-Canino. Un Nozier de cuatro patas sería el único con bastante autoridad para establecer esta filiación. Me contentaré con indicar una de las ramas del gran árbol genealógico, rama filandesa; el perrito Flô, á quien su ama dice tres veces:

—«Ve, perrito Flô, y mira si será pronto de día.»

A la tercera vez se levanta el alba.

Octavio.

Admiro la facilidad con que colocas en el cielo los animales y los personajes de los cuentos. Los romanos no enviaban con más desenvoltura á sus emperadores entre las constelaciones. Según tu sistema, el marqués de Carabás no puede ser menos de el sol en persona.

Raimundo.

No lo dudes, Octavio. Ese personaje pobre, humilde, que crece en la riqueza y el poder es el sol que sale entre la bruma y brilla en un medio día claro. Observa cómo el marqués de Carabás sale del agua para revestirse con sus resplandecientes trajes. No puede representarse la salida del sol con un símbolo más claro.

Laura.

Pero en el cuento el marqués es un personaje inerte, á quien hay que conducir; es el gato quien piensa y ejecuta, y no es justo que ese gato, lo mismo que la perrita *Pouffe*, sea un ser celestial.

Raimundo.

Pues lo es, y, como su amo, representa el sol.

Laura.

Está bien. Pero ¿tiene los pergaminos en regla como *Pouffe*? ¿Puede probar su nobleza?

Raimundo.

No está siempre Himeneo rodeado de antorchas.

dijo Racine. Y es posible que el gato con botas descienda de aquellos gatos que tiraron del carro de Freya, la Venus escandinava. Pero los hidalgos de gotera nada dicen. Se conoce á un viejo gato solar, el gato egipcio idéntico á *Rá*, que habla en un rito fúnebre traducido por el señor de Rougé, y dice: «Soy el gato que estaba en la avenida del árbol de la vida, en la noche del terrible combate.» Pero ese gato es *Kouschite*, un hijo de *Cham*. El gato con botas es de la raza de *Jafet*, y no veo cómo podríamos emparentarlos.

Laura.

¿El gatazo que habla tan obscuramente en un ritual fúnebre es mochilero y tiene botas?

Raimundo.

El ritual no lo dice. Las botas del gato del marqués son análogas á las botas de las siete leguas del *Pulgarcito*, que simbolizaban la rapidez de la luz. El *Pulgarcito* fué originariamente, según el sabio Gastón París, uno de aquellos dioses arios conductores y ladrones de bueyes celestes, lo mismo que aquel niño Hermes á quien los pintores dan un zapato por cuna. La imaginación popular colocó al *Pulgarcito* en la estrella más pequeña de la Osa Mayor. A propósito de las botas, como se dice, ya sabréis que Jacquemart, que grababa primorosamente, reunió una rica colección de calzado. Si alguien, imitando su ejemplo, quisiese hacer un museo de calzado mitológico, llenaría más de una vitrina. Al lado de las botas de las siete leguas, del zapato de Hermes y de las botas del gato, habría que poner los talares de Hermes adulto, las sandalias de Perseo, el calzado de oro de Athenea, las zapatillas de cristal de la Cenicienta y las chinelas de María la Rusa. Cada cual expresa á su modo la rapidez de la luz y el curso de los astros.

Laura.

¿Se habrá dicho por un descuido que las zapatillas de la Cenicienta eran de cristal? No es posible imaginarse un calzado hecho con la misma substancia que una botella. Zapatos de vero, es decir, forrados, pasarían mejor; aunque sea siempre una idea poco feliz, para calzar á una muchacha que va á un baile, pero siempre serían menos impropios que unos zapatos de cristal. La Cenicienta, con los suyos, debía tener los pies tan patudos como los de un pichón. Era preciso, para bailar con ese calzado, que fuera muy entusiasta. Pero las muchachas lo son todas; bailarían con zapatos de plomo.

Raimundo.

Prima, creí haberte advertido que desconfiaras del sentido común. Las zapatillas de la Cenicienta eran de cristal y no de piel; de un cristal transparente como un espejo de Saint Gobain, como el agua de una fuente y el cristal de roca. Aquellas zapatillas eran hadas, ya lo sabes, y con decir esto queda salvada toda dificultad. Una carroza sale de una calabaza; la calabaza era un hada; y es muy natural que una carroza hada, salga de una calabaza hada. Lo contrario sería sorprendente. La Cenicienta rusa tiene una her-

mana que se corta el dedo pulgar del pie para ponerse la zapatilla, que se mancha con la sangre, revelando al príncipe la heroica superchería de la ambiciosa.

Laura.

Perrault se conforma con decir que las dos hermanas hicieron todo lo posible para poderse poner la zapatilla, pero sin conseguirlo. Prefiero eso.

Raimundo.

Así lo entendió mi Madre la Oca. Pero si fueras esclava no tendrías el gusto tan delicado, y siendo tu espíritu algo feroz, la variante del dedo cortado resultaría completamente á tu agrado.

Octavio.

Hace bastante tiempo que Raimundo nos habla de los cuentos de hadas sin decirnos ni una palabra de las hadas.

Laura.

Es cierto. Pero es preferible dejar á las hadas en su vaguedad y su misterio.

Raimundo.

Temes, prima, que esas caprichosas criaturas, tan pronto buenas como malas, jóvenes ó viejas,

que dominan la Naturaleza, pareciendo siempre á punto de desvanecerse, no prestándose á nuestra curiosidad, escapándose en el momento que las creemos alcanzadas, resulten ser un rayo de luna.

El zumbido de las hojas es lo único que indica su paso, y su voz se mezcla con el murmullo de las fuentes. Si alguien se atreve á tocar el borde de sus trajes de oro, sólo oprime en su mano un puñado de hojas secas. Yo no cometería la impiedad de perseguirlas; pero su nombre nos revelará el secreto de su naturaleza.

Hada, en italiano, *fata*; en francés, *fée*; en provenzal, *fada* ó *fade*; *fadette*, en el dialecto berri-chón, que ilustró Jorge Sand: proviene del latín *fatum*, que significa destino. Las hadas resultan de la concepción más dulce y más trágica, más íntima y más universal de la vida humana. Las hadas son nuestro destino.

Una figura de mujer sienta bien al destino, que es caprichoso, seductor, engañoso, lleno de encanto, de miedo y de peligros. Es cierto que un hada es la madrina de cada uno de nosotros, y que, inclinada sobre la cuna, le desea los dones felices ó terribles que conservara toda su vida. Pensad en los seres, preguntáos lo que son, quién los hace y lo que hacen, y encontraréis que la razón suprema de su existencia dichosa ó

funesta es el hada. Claudio gusta porque canta bien, y canta bien porque sus cuerdas vocales fueron construídas armoniosamente. ¿Quién las dispuso así en la garganta de Claudio? El hada. ¿Por qué la hija del rey se pinchó con el huso de la vieja? Porque era vivaracha, un poco aturdida... y la sentencia de las hadas lo ordenaron así.

Es precisamente lo que nos dice el cuento, y la sabiduría humana no llega más allá. ¿Por qué eres buena, graciosa y bella, prima? Porque un hada te dió la bondad, otra la gracia y otra la belleza. Y sucedió lo que ellas dijeron. Una madrina misteriosa determina á nuestro nacimiento todos los actos, todos los pensamientos de nuestra vida y seremos todo lo buenos ó felices que ella quiera. La libertad es una ilusión y el hada una verdad. Amigos míos: la virtud es como el vicio, una necesidad que no podemos eludir... ¡Oh! No te indignes. La virtud, á pesar de ser involuntaria, no merece menos que se la adore.

Lo que agrada en la bondad, no es el precio que cuesta, sino el bien que produce.

Los pensamientos hermosos son las emanaciones de las almas hermosas, que esparcen su propia substancia, como los perfumes son las partículas de las flores, que se evaporan. Un alma noble sólo puede dar á respirar nobleza, lo mismo que

una rosa sólo puede oler á rosa. Así lo han querido las hadas. Prima, agrádecécelo.

Laura.

No te escucho más. Tu sabiduría es horrible. Conozco el poder de las hadas, conozco sus caprichos: no me han evitado las indecisiones, las penas y las fatigas. Pero sé que por encima de ellas, por encima de las casualidades de la vida, está el Pensamiento Eterno que nos inspiró la fe, la esperanza y la caridad.

Buenas noches, primo.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PESQUERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE

Páginas.

EL LIBRO DE PEDRO

I.—Las primeras conquistas.

I.—Los monstruos.....	13
II.—La dama blanca.....	17
III.—Te doy esta rosa.....	28
IV.—Los hijos de Eduardo.....	31
V.—El racimo de uvas.....	37
VI.—Marcela, la de los ojos de oro.....	45
VII.—Nota escrita al amanecer.....	56

II.—Amores nuevos.

I.—El ermitaño del Jardín de Aclimatación.....	59
II.—El señor Hermoso.....	67
III.—La abueia Nozière.....	74
IV.—El diente.....	95
V.—La revelación de la poesía.....	102
VI.—Teutobochus.....	112
VII.—El prestigio del padre Jubal.....	118
VIII.—La gorra de Fontanet.....	126
IX.—Las últimas palabras de Decio Mus.....	131
X.—Las Humanidades.....	138
XI.—El bosque de los Mirtos.....	149
XII.—La sombra.....	160